



UNIVERSIDAD  
**NACIONAL**  
DE COLOMBIA

# **Una línea azul infinita**

**Luis Fernando Prieto Maldonado**

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Artes

Maestría en Escrituras Creativas

Bogotá, Colombia

2018

# **Una línea azul infinita**

**Luis Fernando Prieto Maldonado**

Proyecto de escritura como requisito parcial para optar al título de:

**Magister en Escritura Creativa**

Directora: Alejandra Jaramillo

**Línea de Narrativa / Libro de cuentos**

Universidad Nacional de Colombia  
Facultad de Artes

Maestría en Escrituras Creativas  
Bogotá, Colombia  
2018

A Carolina, por la forma en que me sonríe.

# Contenido

Prólogo.

Almuerzo aplazado.

Hierro y hule.

Dos centímetros más de corazón.

La carta.

Una línea azul infinita.

La mariposita.

La cinta morada.

Tío Banano.

Hay que leer hasta lesionar la retina.

Hay que escribir hasta sacarse ampollas.

Y luego sí, comenzar a contar un cuento.

# Prólogo

Me senté con mi amigo Rucinque. Pedimos una botella de Whisky. El mesero abrió los ojotes. Hacía casi tres años que no lo veía. Me preguntó por mi vida. Empezamos por lo trivial. La mujer, el trabajo, los hijos. Luego le dije que lo único bueno que había hecho este tiempo era una Maestría en escritura creativa en la Nacional.

No jodás ¿en serio? ¿tú?

Imagínate. Se me dio. Y Pues, uno es lector, le dije, pero no ¡el lector! Y toda la vida he escrito publicidad. O sea lo banal. Lo comercial. Algo me picaba a ir a la profundidad. Yo creí que no iba a pasar las pruebas. Entrevista, hoja de vida narrada, dos textos diciendo por qué y para qué una maestría y un examen escrito. Pero me llamaron. Eso habla bien de mí y mal de la Nacional. Reímos. Nos tomamos el primero.

El primer semestre fue duro. Gramática. Qué pereza. O qué miedo. En la universidad había visto las figuras retóricas, pero eso era solo la orilla del mar. El profesor es un tipo de apellido Cruz. Resultó genial, chistoso. La clase era un descubrimiento cada lunes. Era emocionante escucharlo. Es muy conocedor del tema. En la primera clase el tipo escribe en el tablero: Autor celestial (el que usted sabe nunca llegará a ser por más esfuerzo que le ponga). Autor terrenal (el que usted cree que podría llegar a ser). Y autor infernal (ese que uno odia y que nunca quisiera ser). El tablero se llenó de nombres célebres. Éramos más de treinta y cinco alumnos al principio. De muchos nombres no tenía ni idea quién era el escritor. Sentí vergüenza. Me impresionó que una chica dijo Evelio Rosero y la cara que hizo Cruz de aprobación. Rucinque, usted no se imagina lo que es "Los Ejércitos". Yo puse de Celestial a José Saramago. Terrenal a Tomás González. Casi todos pusimos de Infernal a Paulo Coelho. Y llegó el momento de Don Gabriel García Márquez. Nunca olvidaré la forma en que leímos "El otoño del patriarca" y después el "Logoi" de Vallejo. Los desmenuzamos por renglones. Nos hizo ver por qué el viejo se ganó el Nobel. Y por qué Fernando Vallejo es Fernando Vallejo.

Otra clase: Teoría. El tipo, exacto a Kurt Cobain de Nirvana. El suéter de abuelo, la cara y el pelo de australiano. A mucha gente le parecía rara su forma de contar la clase. Yo, al contrario, admiraba que trajera la clase escrita en unas seis o siete páginas y las leyera lentamente. Muy

lentamente. Como dicen las mamás de los logros de los hijos: A mí me gustó. A muchos no. Pero resultó siendo el gran conocedor de William Blake. Uy ese si ni idea, dijo Rucinke. Pues deberías, le dije.

Taller de escritura uno. Ese taller fue divertido: Tres profesores. Fernanda Trías. Dios, me enamoré. Divina. Su acento uruguayo-argentino. Su forma de contarnos la literatura. Viajera del mundo. Con obra, con premios. Ella escucha y habla. Es fina, inteligente y linda ¿Te imaginas? Me tocó desenamorarme. Le aprendí mucho. También estaba Andrea Salgado, Roberto Rubiano y la directora de la maestría Alejandra Jaramillo: Tremenda. Afilada. Todos literatos adictos. Recuerdo libros como "Bonsái", "La casa de las bellas durmientes", Los libros de cuentos de Horacio Quiroga. Leímos mucho. Por esos días hablábamos de *tensión literaria*, en eso eran enfáticas Fernanda y Andrea. ¿Eso es como mantener el suspenso?, acertó Rucinke con la pregunta. Sí señor, bien bonito y complejo el tema. Ya por esos días uno debía contar su proyecto y comenzarlo. Yo me fui por el cuento. Fernanda, mi primera tutora. Propuse que mi proyecto iba por un libro de cuentos en torno a las pérdidas humanas: Las separaciones. La muerte. La libertad. Los aguantes. Las apariencias. El tema les pareció bueno. A los pocos días entendí que mi opción no era la mejor. El cuento no es lo que yo creía, pensé que era un género más digerible y entretenido para el público, pero es todo lo contrario. La gente prefiere la novela, la novela corta. Sentí decepción, pero pronto entendí que lo que uno escribe en la maestría es un calentamiento para los que quieran puedan y se dediquen

comprometidamente a escribir. El objetivo de ese primer taller era que para el final del semestre uno tendría el primer borrador de su obra.

Me dio por inscribirme también a una electiva, como andaba con ahorros y tiempo, quise meterme de lleno. Era un taller de crónica. El mundo del periodismo en la literatura y viceversa. Dos estudiantes que para mí siempre se habían destacado en sus hipótesis estaban ahí: Una francesa que se llama Françoise Audoin. Y Rodolfo Celis. Este, muy dedicado. Todos los profesores lo saludaban efusivos, hablan de tú a tú con él. El tipo sabe lo que dice. De cine, de vallenato, de literatura rusa. Ha ganado premios de crónica. Hace poco me confesó que ha leído más de mil libros y que ha visto miles de películas. Se le nota. Creo que hasta para eso debe haber talento, para hablar. Hay gente que sabe, pero no se le oye tan bonito. Hay un par de compañeros más que siento que podrían lograr publicar. Fue en ese momento que Rucinque dejó el vaso en la mesa y me dijo decepcionado: Entonces, ¿no te van a publicar al terminar? ¿El grado no es la publicación? No amiguito. Solo lo que un consejo de escritores o tutores expresen a la facultad que merecería imprimirse. Los demás somos el bagazo. Hay gente muy querida, vagos, gente que habla carreta y escritores que quieren superar a los profesores. Pero la literatura como la música, como el arte, brilla sola. La buena escritura es insobornable. Para pocos. Para los elegidos. O hasta para los disciplinados. Me parece justo eso de publicar lo que merece ser publicado. No porque estudias una maestría eres un master.

Ya íbamos casi en el cuarto de la botella. Le dije a Rucinque que pidiéramos comida. Me decidí por un buen bife de paleta. Él por un solomito. Tomamos café. Pensé que mi monólogo lo aburría. Hasta que me dijo: No más recreo, ¡segundo semestre! Salud.

El taller siempre me pareció bueno. Ahora, el segundo, era en pequeños grupos de cuatro o cinco estudiantes y un tutor. Esta vez con Roberto Rubiano. Una biblioteca andante. Buen conversador y buen maestro. Él me enseñó la grandeza que puede haber en un texto simple. Y que *las costuras de los textos* no se deben dejar ver en un escrito. Le entendí eso de las costuras. Después tomé otra electiva con él. Grandes autores del siglo XX. "El Quijote de la mancha" y "El Ulises" de James Joyce. Solo cuatro personas nos inscribimos. Me costó "El Ulises", pero entendí su grandeza. Y "El Quijote de la mancha" realmente lo disfruté porque fue la versión de Andrés Trapiello, que lo pone al alcance de cualquier cristiano. Con el proyecto mío, la idea era avanzar bastante y para el final cruzarnos los textos con otros grupos. Criticarnos, leernos. También volvimos a ver a Kurt Cobain y su estilo unplugged. Le agradecí conocer la obra de Benito Pérez Galdós. Otro Miguel de Cervantes. Desconocido por muchos, o esa fue mi excusa.

Mi primer cuento se llamó "Rosado puede ser gris". Era el cuento de un hombre que perdía una pierna por una hechicería, pero en el fondo le dolía más haber perdido a su mujer y a su hijo. Sentía que había comenzado bien. Mi cuento avanzaba y recibía buenos comentarios de alumnos y

profesores. Me dedicaba a ajustarlo como me sugerían, pero aprendí que mi narrativa era adornada y que se iba por las ramas. Que hacía mucha fuerza al escribir y la literatura es lo contrario. Una hoja en el río que se deja llevar. Con cadencia, natural. Y al parecer entendí, porque así escribí mi tercer cuento: "Almuerzo aplazado". Dos viejitos que ya no se soportan, cada uno habla en primera persona del otro. Ese cuento salió natural, de un tirón. Es el cuento que menos ajustes ha tenido.

En eso, vino una invitada que dominaba el guion: Ana Merino. Española, hija de escritor. Recibimos un taller que se suponía era un regalo de los dioses. La verdad no lo vi así. Ella sabía del tema, pero no era buena expositora. Es lo que te decía, que una cosa es saber, pero el talento para hablar es adicional. A veces no viene en combo. Para el final del semestre, en los cruces de textos, resultó que dos de mis cuentos tenían muchos problemas. Pero "Almuerzo aplazado" pasó limpio. En ese instante empecé a entender eso de la voz de narrador, de los inicios, de la economía del lenguaje, los tiempos, los espacios. La atmósfera es un tema que me apasiona ahora. Cada palabra es sal y azúcar y al probar se nota. Entonces me fui por esa vera y escribí "Una línea azul infinita": La historia de un niño del campo que quiere conocer el mar. También le fue bien a ese cuento, pero cada que lo veo lo ajusto, sobre todo en el narrador. La voz que cuenta el cuento. También lo elegí como el título de mi libro de cuentos.

Hubo una clase rara con un tipo joven y muy querido, dramaturgo: Javier Gámez. Bueno. Él nos daba estructuras dramáticas, nos puso

mucho texto clásico como "Antígona" y "Edipo rey". Pero lo mejor fue que trajó a un experto en chamanismo. Hablamos del diablo, del yagé, del idioma Uitoto. Tremenda clase. También vimos novela negra y policiaca. Me encantó todo. Pensé que lo vería en tercer semestre. Pero no. Lo reemplazó uno de la Javeriana: Juan David Cárdenas, nos hablaba tres horas de filosofía y se iba. Un genio, incomprendido por mí. Lo bueno es que tiene fuertes influencias con el cine, entonces sus analogías me hacían entender. Entendí el concepto de la mirada sinóptica. Antonioni. Woyzeck. Sarrasac y su obra: "El impersonaje", ese fue increíble.

Otra electiva: Guion de ficción para televisión. Me sentí como pez en el agua. Hablábamos de series y de cine. Aprendí a hacer guion y casi me compran el proyecto por fuera. Los profesores eran dos venezolanos muy experimentados y bien conectados al tema de novelas y series. Raúl Prieto, primo, le decía, por el apellido. Y Rosa Montero. El timbre del celular nos interrumpe. Es la mujer de Rucinque. Le dice que a qué hora llega, que si se va a demorar más. Rucinque, se pone furioso. Se empieza a levantar. Su metro noventa y seis se enreda con la mesa y la silla. De las mesas vecinas lo miran como viendo el techo. Se fue saliendo, diciendo que ellos dos no son hermanos siameses, que acaban de llegar del viaje...

Volvió con la cara roja. Ella cree que estamos donde la putas, me cuenta. Vamos a mi casa y me terminas de contar. ¡Ay mi mujercita! Dice decepcionado. Le digo que no, que relax, que otro día. Pero me da a entender

que soy su salvoconducto. En el taxi me dice que siente envidia de mi maestría. Que la publicidad es frustrante, que ya no se trata de hacer ideas sino de hacer caso. Se le sale del alma decir que "*Escribir es una bonita escapatoria de la realidad*". Yo le respondo que con esa frase lo recibirían en la Maestría. Reímos de nuevo.

Al abrir la puerta, su esposa me vio y cambió de cara en un segundo. Me saludó efusiva y al verme la botella en la mano trajo tres vasos. Yo sí era el salvoconducto. Rucinke la actualizó de mi vida, de mi estudio, pero sin darme cuenta se escabulló.

Como te decía, lo de guion para televisión y series web me entusiasmó. Hasta creí que iba a trabajar con ellos. Quedé finalista en un concurso de guion y el premio era filmarlo. Era la historia de un celador que leía mucho y se enamoraba de las palabras raras. Pero también les aprendí que eso es un tema de paciencia. Paralelamente llegaron los cruces de texto con los otros estudiantes. Eso es complejo. Criticar un texto. Quién es uno para decir qué es bueno o malo. Alejandra, la directora es muy apasionada. Nos hablaba de *Habitar la novela*, llenarla de sentido. Y me dejó algo claro: No confundir una historia con una anécdota. Es el cómo, no el qué. Y enfocarse en la historia. Cuando leí su novela "*Magnolias para una infiel*", la entendí más. Esa novela debería leérsela. Rucinke anota el libro en su celular. Una mujer que tiene un amante y ese amante se sienta a conversar con su marido en un café y ella los ve. Uff. Desde el inicio es

potente, te agarra del cuello ese texto y no te suelta. La he leído dos veces. Leer es hacer un curso. Cada libro es una maestría.

Ya me sentía mareado con el trago. ¿Y entonces cuántos cuentos tienes? ¡quiero leerte! Dijo Rucinke, ya como enredado de lengua.

Tengo ocho cuentos. Son como hijos de uno. Y ahí veo que es verdad ese mito de que uno quiere más a unos hijos que a otros. Mi orden es: "Almuerzo aplazado", "Hierro y hule", "Una línea azul infinita", "La carta", "La mariposita", "Dos centímetros más de corazón", "La cinta morada" y "Tío banano" No mentiras. Hierro de primero. No, La mariposita, no, no sé. El orden es otro tema importante y nimio a la vez. En fin. Me voy. Cuando le dije eso, Rucinke me estaba sirviendo más. Bueno, media horita.

El siguiente año, tercer y cuarto semestre, uno ya se siente para dónde va. Y las clases ya son la mayoría de tutoría, de lectura y análisis de novelas y libros. Ya solo quedábamos quince estudiantes. En tercer semestre me animé porque leímos muchos cuentos: Carver, Hemingway, Kafka, Lucía Berlín, Lidia Davis, Helen Keller, Mariana Henríquez. Y un autor colombiano desconocido pero sublime, Héctor Rojas Erazo. También por mi cuenta leí muchos cuentos de García Márquez y me obsesioné con dos cosas suyas. Con "En este pueblo no hay ladrones", y con la palabra *ensopado*. Me volví adicto a comprar libros, a ir a charlas, lanzamientos, ferias. Recuerdo que por sugerencia de Fernanda fui a conocer a Pedro Mairal y su novela "La Uruguaya". Tremendísima. Esa charla fue un antes y un después.

De Mairal nunca olvidaré la verosimilitud. Le dije en su charla que le creí todo. Mi mujer también, me dijo, y soltó un chiste: Tengo muchos problemas porque todavía duda que la amante del libro no exista. Ese día sentí una epifanía. Yo te la defino con un oxímoron; ficción veraz. Que te crean el invento. Que el lector se crea que hay un pueblo que no conocía el hielo. Que había sopa de piedras. Que al despertar estaba convertido en un insecto. Que el sonido del corazón era tan fuerte que lo delataba metido en el armario. En el taller nos leíamos tanto con los otros que ya sentíamos que nos conocíamos íntimamente. Cada cabeza tan diferente y única. Cada uno, como yo, con sus fortalezas y sus falencias. Y todos con la gran incógnita en común: ¿quién logrará publicar? quién seguirá sentado intentando. Luchando contra el papel en blanco, contra el reguetón y el mundo moderno, lleno de centros comerciales sin librerías.

Ya no quise más trago. A la botella le quedaba poco y me sentí mal conmigo mismo. Nos dimos un abrazo de borracho con Rucinque. Me dio una palmada cariñosa en la cara y me fui.

Al otro día me desperté con guayabo pero contento. Una condena agradable, dice Gustavo Cerati. Haber reconstruido mi maestría me había refrescado. Sentí nostalgia. Fui y me senté en mi desordenado escritorio. Miré los libros regados por todo lado. Libros sobre sillas. Sobre el parlante. Sobre la batería. Mi colección de revistas en el piso, desplazadas por más libros, fotocopias y los cuadernos con manchas de café que usé en esos dos años.

Todavía había rezagos del cuarto semestre. Me encontré la tarjeta que alguna vez me dio Juan Manuel Roca. Recuerdo que le dije a mi amiga Ximena de la maestría que, en muchos años, un día, diríamos muy orgullosos que tuvimos clase con él. Me parece un papá Noel. Bonachón, risueño. Nos dio tantos regalos sobre la vida, sobre la condición humana, que es imposible olvidarlo. Su hablar es otro poema. Lo ha leído todo y tiene el chiste en el momento exacto. Me daban ganas de mandarle quitar la cabeza y quedarme con todo lo que tiene ahí adentro. La forma como ve la literatura. Es diáfano, diría Gabo. También estaban los últimos borradores rayados de mis cuentos y los últimos libros leídos con mi tutor Alfonso Carvajal. Alfonso es columnista en El Tiempo y también es un hombre sereno. Sereno, me gusta esa palabra y me gustan las personas que son así. A él le envían libros para que los lea y dé su veredicto escrito. Qué envidia. Pero hay que tener mucho en la cabeza para hacer bien esa tarea. Con Alfonso entablamos una amistad, creo. Hablábamos de mujeres, de hijos, de profesores y alumnos, de Medellín y de Bogotá. De textos inolvidables como "Noche Payasa", de Pedro Lemebel, que tanto le agradecí haberlo compartido. De "La perra" de Pilar Quintana, de "Los Divinos" de Laura Restrepo. También leí su libro sin que me lo pidiera. "Hábitos Nocturnos". Me parecía escucharlo hablar. Hablamos mucho de la vida y de la literatura, es decir, de la misma cosa.

Y hablamos de mis cuentos. Me decía que tenía buenas ideas, buenas frases. Pero que debía sonar más a mí. Una escritura menos pretenciosa, más libre. Que a veces intentaba ser poético y me enredaba. Me gustaba toda esa honestidad. Dos o tres cuentos que le presenté no pasaron con él. No debían pasar. Simplemente no eran buenos. El peor error es que te digan que está bonito, que por no hacerte daño te hagan el peor.

Hoy siento que uno le aprende una cosa a cada maestro. Solo una. Y eso es mucho, porque uno solo se acuerda de los maestros que le enseñaron algo y de los libros que tocan donde duele.

Mi diploma también está entre ese desorden de libros. Me gusta verlo ahí. Como que hace un juego especial con ese mundo de solapas y fotocopias. Alcé el cartón, leí mi nombre. Magister en Escritura Creativa. Lo contemplé y me puse a pensar si me lo creía o no. Mi mujer entró y me pasó jugo y café doble ¿Lo vas a enmarcar? Me preguntó. No sé, no sé, le dije. Ella salió y antes de cerrar la puerta me dijo: Pero por favor no dejes de escribir, no cambies esa carita que tienes desde hace dos años.

# Almuerzo aplazado

## Ella

¿Cómo se dice cuando las cosas son iguales pero ya no son iguales? El sol ilumina la casa y los halos de luz embellecen la enredadera del patio. Cualquiera que nos vea dirá que este cuadro en el que estamos encaja en algún concepto de felicidad. Él está a mi lado, en su silla, lleno de vino tinto y whisky, sereno y callado. Sostiene mi mano con esa fuerza medida que va definiendo la inercia con las parejas de años, de siglos. Mira sus caballos para no tener que mirarme. Ojea sus revistas de golf simulando leer. Le pide a los azulejos que canten para que llenen nuestro mutismo. Llama al mayordomo para pedirle cuentas. Todo eso lo hace para llenar la media hora que nos falta para pasar a la siguiente rutina. ¿Hastío, desamor? No, no es odio. ¿O sí? Hasta dónde llegaré ¿Seré capaz? Me veo a en el club rindiendo cuentas por haberlo dejado, y lo más terrible, a esta edad. O me imagino no darle ojos a nadie; esconderlos bajo mis gafas de sol y seguir derecho sin saludar. Total, estos ojos ya casi no sirven. Seguir, me dirá mi amiga Clarita, seguir como hacen todas, porque ¿cómo se te

ocurre si quiera pensarlo, querida? O sí, mejor saludar. Dar el beso al aire, a centímetros de nuestras mejillas cubiertas de maquillaje. Y cambiarles el tema por el de la fundación de niños o el del anticuario. Imposible. Pensarlo me agota, me quita las ganas de irme y me hace pensar en cometer locuras. La vida me pesa toneladas. Me quita la fuerza. ¡Qué pereza! Estoy vieja, aburrida, medio ciega, comprando cosas caras y absurdas. Otra colección de cuchillos, otro juego de maletas de viaje. Me quito las gafas e irónicamente veo mi vida. Todos tan borrosos. Tan lejanos. Nada brilla. Secas las cuencas. Solo los parpadeos en los que aparecen los nietos le da sentido a esta anestesia de vida. Sigo metida en mi closet, tan estrecho cada vez.

Y ahora sí le dio por acompañarme al médico. Entré al carro y ya estaba ahí sentado. La conciencia lo levantó de su poltrona. Vamos a otra revisión de los ojos. Me tuve que estrellar con el vidrio del baño, quedar privada en el piso, mi hilo de sangre aclarándose con el agua de la ducha. Muerta unos minutos para que por fin creyera que no estoy llamando su atención. Su generosa atención. Me toma la mano en el carro. Veo los ojos curiosos del chofer en el retrovisor, él verá juntas dos manos manchadas de pecas. Una temblorosa con uñas mordisqueadas y dedos heridos, la otra fría y de huesos filosos. Él regaña al conductor por la ruta que eligió, no porque esté errado sino para hacerlo sentir torpe, para que el pobre chofer sude y él reine. Lo suelto.

Entramos a la clínica, me lleva del brazo como un policía a un delincuente. La gente nos mira recorrer despacito los pasillos y sonrío tonta,

como si vieran a dos viejitos lindos en una postal. Todos buscando quimeras. Ridículos. Ellos y nosotros. Antes solo éramos nosotros. Recuerdo el primer crucero. Fuimos a los glaciares. Los amantes del círculo polar ártico. Aún hacíamos el amor. Él se escabullía sin despedirse del grupo como quien va al baño. Ésa era la señal. Yo llegaba con más vino blanco. La luz del cuarto era justa. Nos gustaba en ese gran sofá, sentados, sin afán. Nos besábamos largo rato. Él me apretaba la cara con fuerza, casi me lastimaba, eso me gustaba; la violencia del amor. Respirábamos agitados. Me miraba y lo miraba, sin hablar. Éramos nosotros. Al final, el vino nos refrescaba. Nos gustaba ver el reguero de ropa en el piso. Reír a costa de nosotros. A siete mil kilómetros de la ciudad que estaría indignada del descaró que cometimos. Todos tan preocupados por los amantes tardíos.

Me pegué con la camilla. No la vi. La cara arrugada que me hizo el oculista tras el tonómetro sí fue nítida. Una cara triste que no sabía cómo poner la boca a hablar, pude leerla bien aunque la escondía. No sé por qué los humanos ponemos palabras contrarias a lo predecible que somos, a lo patéticos que nos vemos diciendo sí cuando no y no cuando sí. Voy a quedarme ciega, esa es la verdad. Y ya. El médico maquilló la noticia con palabras terminadas en mente: Progresiva, eventual, mensual, tranquila. Hay un tratamiento que puede salvar algo de visión, pero es más doloroso que costoso, me dice. Lo empecé enseguida. En la camilla, él me tomó el hombro y me miró con el pesar de un mendigo. Se le notaba que me daba su pizca de cariño en ese instante. Lo que le quedaba, o eso quise sentir, ese cariño. Amor ya no, el amor es en la juventud,

lo demás es una bonita costumbre. Quise decirle que se saliera. Él suspiró despacio como soplando. Estaba más nervioso que yo. Trató de animarme. Cerró el puño y lo agitó victorioso como cuando gana a los caballos, esa seña me pareció honesta. Me apretó fuerte la mano cuando la aguja entró en el ojo. Me ardió primero, luego sentí la fuerza de una prensa hidráulica. El ojo me pesó más que la cabeza. Sentí que se infló en su cuenca y apretó la cavidad. Él se pegó a mí, sentí su tufo añejo. Su madera mohosa en cerveza pasada, esa extraña alquimia que es parte de su química. También me dolió su apretón.

Estar con él es un castigo. Mis pecados pasando factura. Pensé que Dios me había dejado pasar sin pagar más, que había sido suficiente con sepultar a tantos familiares. Enterrar mi niña a los diez años. A mi primer esposo a los cincuenta. A mi hermana el año pasado. De enterrarme viva con él desde hace veinte a cuidarle sus guayabos. A patrocinar su bancarrota. Sus exigencias y sus delirios. Me fui tratando de descansar los ojos. Mirar apenas lo necesario. Empezó a decir bobadas y le levanté mi mano abierta en señal de no querer nada. Llegamos a casa sin hablar. No me animó a que me mejorara, él no sabe hacer esas cosas. Cuando él calla es porque está mal, de resto es imposible. Siempre vive haciendo bromas pesadas, o repitiendo sus chistes de su boca chorreada de coñac y tequila. O tarareando la letra de sus boleros porque ya olvidó las letras. O desgastando mi nombre a cada segundo. Felia, Felia, Felia.

## ÉI

Ella debe estar en algún centro comercial, llamando a las empleadas cada cinco minutos desde su celular delgado para que sigan todo al ritmo de su varita. Mandando qué vajilla poner. Qué manteles estirar. Qué canapés sacar y qué vinos abrir. Como si ellas fueran brutas o impedidas, como si no llevaran años haciendo lo mismo. Mejor que siga por allá porque cuando está por aquí cerca se hace la que no me escucha. Pone la música a todo volumen para ahogar mi llamado, se hace la pendeja. Una cosa es que ella no vea bien pero otra que me crea tarado. Ella me evade hace rato. Metió en el medio de nosotros a sus plantas. A sus perros. A sus amigas del club de cartas. Me evade llamando a sus nietas. Saliendo de compras con su hija. Yendo a Disney o a París, otra vez, con sus reinas y toda su corte. Si lo que quiere en verdad es dejarme. Sí, dejarme, lo sé. Soy viejo pero no idiota. Ya no me quiere porque se me está acabando la plata. Le incomodo como el bife de su abuela que no cabe en ningún lado. Eso soy, un mueble viejo y pesado, que chilla, lleno de botellas vacías. Un mueble que ya no hay quién repare. Ya lo he pensado, cada vez lo pienso más, me voy a matar. Ya cargué el revólver. Sí. En el cajón de abajo de la mesita. Dos balas.

Ahí entró ella cargada de bolsas, los perros se alegran. Las campanitas de la puerta componen esa melodía que la anuncia. Las muchachas sonrían y la reciben. La casa se llena. Las luces del techo la iluminan como a una diva. Llegó

de repartir regalos en obras de caridad. De llevarle la navidad a los hijos del chofer. Sentirse buena le gusta. El que peca y reza empata. Llega hablando por su celular con su hijas. Les dice te quiero. Lo hace delante mío para untarme que no tengo esos detalles de comprar el amor. Ahí viene, sabe que siempre estoy en la terraza porque desde acá lo veo todo. Me trae vino para embolatarme. Me pone la copa en la mesita y me pasa la mano por mi cara y la deja un ratico. Me pregunta que qué escondí debajo del cojín. No le respondo. Me trajo además mi queso azul con tostadas francesas. ¡Bingo!, está amorosa. Cuando ella es mi amante es cuando más la quiero. No cuando me manda como a un niño. Que no tome más, que vaya al médico, que llame a mis hijos, que invite a mi nieto, que me haga los exámenes. Debe pretender que salga a trotar de madrugada y que la acompañe al club a hablar pendejadas con gente que me hastía. Igual pierde su tiempo porque sabe que no hago caso. Viene y se sienta a mi lado, me cuenta su día, brinda conmigo, pide más vino. Hoy está feliz. Le gusta la navidad. Le fascina dar y hacer cosas todo el día. Todo lo que la distraiga de mí y de sus ojos... Y yo dejándome tentar del diablo. El día está bonito. Ya no voy a pensar más en cosas negativas. ¿Estaré en la tal depresión, como dicen? ¿Será? Ella limpia las gafas, descansa de ellas. Sigue querida conmigo, está en su día de dar amor. Cenamos. Yo pido whisky y esa palabrita apaga su euforia. No me dice nada pero su cara de toro de lidia habla por ella. Bufo. Qué falta de carácter de las mujeres no enfatizar lo que no quieren sino hacer cara de acontecidas.

## Ella

La empleada me dijo que fuera a la terraza que me tenía que mostrar una cosa, era el fierro ese tan horrible escondido en el sofá. Pensé que eso lo guardaba el mayordomo. Entré al cuarto cargando el arma de una punta como a una rata muerta. Esteban, ¿qué hace una pistola en la casa? Le dije furiosa y serio a carcajadas. Solo me dijo ¿Gorda, tú sabes qué es una pistola y qué es un revólver? Y ya, siguió con su risa burlona y su cerveza de las 11 a.m.

Ya hablé con el abogado. Ya hablé con su médico y también con sus hijos. Solo me falta él, casi nada. Lo invité a almorzar. Le di la excusa de que ya casi no salimos. Cómo estas de querida, me dijo. No vayas armado, le respondí irónica.

No lo voy a cargar más, estoy agotada de arrastrar esa maleta llena de piedras que me estancan. El que me llamó fue Fabio, su amigo de toda la vida, a decirme esos consejos que no aplica en su propia casa. La gente que da consejos se cree sabia o filósofa y termina siendo la que más maluco la pasa. Primero rodeó el tema de la cantidad de separaciones que hay, de que ya nadie se compromete. Como que mi plan de dejarlo es un secreto a voces. Me dijo que es mejor un estorbo que la soledad y luego soltó una risita como si esa frase cursi fuera un chiste. Me quedó sonando su consejo risueño pero al fin y al

cabo de perdedor. Le respondí que eso me deja claro lo que siente por su Mariantonia después de los cuarenta y pico de años que llevan juntos. Y ahí sí, desvió la psicología barata y se dedicó a lo suyo y me colgó a los diez segundos. Ahí tiene.

Ya van veinte minutos y nada que llega a nuestro almuerzo. Será que ya le contaron y no quiere venir a afrontar. Él sabe bien que lo voy a dejar. Lo intuye y torea. Así son los hombres. Torean, torean todo, aguantan las cornadas y esperan a curarse solos. También me llamó su hija, ahora sí en otro tono. Empezó preguntándome por los ojos. ¡Ja!. Tan querida ahora. Sabe que ella es a la que la va a tocar aguantárselo cuando lo deje. Ahora sí debe estar valorando qué es ser la enfermera y la mamá y la muchacha de servicio. Ahora sí lo empezó a imaginar como el estorbo que es cada viejo para sus hijos. Ahora sí soy importante y ahora sí ella no puede permitir que una relación tan bonita se acabe por tonterías, así me dijo en el tono que uno ya sabe que es de actriz sin talento. ¿Dónde está el agua que me sirvieron?, ya no veo nada.

## ÉI

Me fue bien en el médico, estoy contento. Soy una botella de escocés que mejora con el tiempo. Ochenta años y mis células rebeldes a generar tumores malignos que hagan metástasis y mi hígado burlándose de los pronósticos. Me río desde mi palco viendo a los payasos que quieren verme

moribundo. Desde aquí veo los pies nerviosos de mis hijos bajo la mesa, ansiosos a la espera, a la noticia de mi muerte que los pondrá tristes una semana y luego se irán a hurgar qué les quedó. Hienas buscando sobras. Los malcrié. Gatearon en tapete. Les di el pescado y el yate y el barco. Es mi culpa. El trío los inservibles deberían llamarse. Para joder y criticar es que sirven. Me juzgan por haber dejado a su mamá para irme con otra. ¡Supérenlo! van veinte años. Pasen la página. Viajar y beber ¿Qué más hay? Nada ¿Herencia? Lo siento, pasen a la siguiente ventanilla.

Flores, sí. Yo sé que le van a gustar estas flores. Hace años que no le doy nada. Le van a hacer brillar sus ojos, sus lindos ojos, estén como estén. Voy a pagar pero la fila me está haciendo arrepentir. Los hombres son muy pendejos porque dan flores cuando se portan mal. Y cuando se portan muy mal dan joyas. Y las mujeres son tan bobas que ni se dan cuenta. Uf. El revolver me talla y me da urticaria. Ahora va a ver que llego con este ramo y me va a preguntar qué hice mal. O me va a decir que qué es ese milagro. No. Me va a decir: La conciencia, la conciencia. Para que uno se sienta como Judas. Ya se me hizo tarde por estar comprando pendejadas.

Allá está sentada en nuestra mesa. Sigue siendo una mujer bonita. Me gusta mirarla a lo lejos y sentir que es mi mujer. Es fina. Tiene porte. Debe estar brava pero se le va a pasar cuando las vea. Voy a llegarle por atrás, le voy a poner las flores en la cara para que adivine quién se las trae. Bingo, me miró como me mira cuando me quiere. Y no me dijo nada. Se rio nerviosa y se le salió una lágrima. Tonto, al final me dijo tonto en tono cándido. Me dio la mano. Pidió

agua con hielo. Debe estar preparando la garganta para soltarme algo. Que lo diga y ya. Está pensativa. Necesito un whisky. Necesito aire. Le pregunté que qué era lo importante que me iba a decir y me dijo que nada. Se quedó cayada un rato. Dijo que cómo estaba de azul el día como para decir algo. Después que quería vino. Que le gusta mucho que nos veamos para almorzar, así no me vea bien. Pedí una botella gran reserva.

## Hierro y hule

Y hasta que por fin abrí el cuarto de Jacobo. Al entrar quise encontrar su olor a pan de cuando nació. Me deprimió ver el papel de colgadura ya pálido, aún se notaban los delfines azules y los barquitos amarillos sobre el mar, las olas blancas dibujadas en forma de acertijos. Aún veía su manito regordeta y chiquita repasando los dibujos. Me reí de mi torpeza como instalador de papel de colgadura al ver el papel inflado por dentro en varios puntos, pero me animé a pensar que hacía ver las olas con efecto 3D. También me pegó ver la forma de la cama del bebé más oscura. La sombra la dibujó sobre el papel aclarado por el sol. La ventana estaba abierta y la cortina del mismo motivo del papel estaba toda afuera ondeándose con fuerza. Los barcos y los delfines parecían querer navegar lejos del cuarto, pero los ganchos de la cortina actuaban como anclas. El único objeto que quedó en la habitación fue el patico de hule. Estaba tirado en el piso de la esquina de la cama calcada. Como escondido y temeroso. Lo cubría una suave capa de polvo y unas migajas de galletas. Sus galletas oreo de

chocolate. Yo lo alcé y le quité el mugre con cariño. Como si el patito fuese una parte de la piel de mi hijo. Se veía como un patito triste lamentando nuestra separación. Salí y cerré la puerta con fuerza.

Seguí rondando el apartamento. Daba una sensación de recién saqueado. Las huellas de la ira tan particular de Juliana. El espejo grande del cuarto estaba destrozado. Me vi multiplicado en sus pedazos rotos. La nevera tirada en el suelo y con la puerta abierta como un baúl. Ni hablar de mis cd's y mis libros. Eso me enfureció. Pensé que sería capaz de seguir viviendo ahí, pero nunca me había sentido tan a merced de los recuerdos. Ya iba a salir pero un sobre diferente a los recibos de luz y volantes de publicidad me llamó la atención. Era una citación a un juzgado de familia. Y no de un juzgado de aquí, era de la capital. Esas cartas tiene el poder de asustar a pesar de ser simples papeles. Con un lenguaje enfático decía que debía presentarme a la semana siguiente. El capítulo burocrático de este final. El mal paso darlo pronto, dice mi papá. Decidí irme por tierra, en el carro que sacamos a crédito y creíamos nos iba a cambiar la vida. Aproveché para llevarle las cosas que se le quedaron a Jacobo y a ella. Cosas que me pide por un chat que necesita que le lleve. Necesita; su palabra favorita.

Me fui a Bogotá en por la misma carretera que veníamos mes y medio antes. Recuerdo ese último viaje. El silencio era un pasajero gordo y sucio entre nosotros, nos apretaba y nos incomodaba pero lo soportábamos por el supuesto bien del niño. Ocho insoportables horas. Regresábamos por tercera vez a intentar revivir un matrimonio muerto. Un cable roto al que se le ve la maraña en la unión y al conectar echa chispas. Eso me dijo la psicóloga. Jacobo también se

mareó esa vez, lo vi en su sillita con la carita verde soplando babas y paré de urgencia para que vomitara. Juliana se quedó en su silla como si fuera en un taxi, ella no soporta el vómito, ni los mocos de la gripa, ni la mierda en los pañales, ni los niños que lloran, ni los autos que se varan. La criaron como si la vida transcurriera en una maqueta, todo perfecto. Infancia sin raspones tras una puerta de hierro con doble chapa. Un amigo que la conoce me decía un chiste: Ella es de buena familia, pero pobre. ¿Qué se creerán, los Santo Domingo? Y sí. A ella le inculcaron la apariencia. Evitando imperfecciones. Esquivando su origen y como es muy bonita, eso le permite elevarse unos centímetros del piso y ver por encima del hombro a los imperfectos que nos le acercamos. Ustedes fueron una vez a Europa, no pueden ahora vivir en ese barrio. Nos dijo sumamá cuando volvimos de Madrid. Debimos volver a un barrio popular. Ese barrio era gris. Juliana odiaba ese apartamento y no lo arreglaba ni lo limpiaba. Se enfurecía y me insultaba diciendo que mejor se hubiera casado con otro, me comparaba con mi hermano rico. Eso sí es un hombre, me decía. Recuerdo exacto el momento en que llegamos al nuevo apartamento. Había hecho todo mi esfuerzo. Lo que más me había gustado es que era un dúplex, como de revista. Al entrar me ilusioné con su reacción pero eso solo me duró unos segundos. Me dijo que odiaba los dúplex. No le enterneció ver el cuarto del bebé. Se nota que tú mismo pusiste el papel de colgadura para no pagarle a un profesional. Está bonito pero el niño no sabe qué son los delfines porque el papá no lo ha llevado a conocer el mar.

Ya eran muchos días de no ver a Jacobo desde que Juliana se lo había llevado. Conté casi cincuenta días, me parecían cincuenta meses. Sentía como

si me hubieran anestesiado y sacado todos los intestinos. Suena incoherente pero era un vacío que dolía. Debí comenzar a armar el rompecabezas sin varias piezas, sin las importantes. Y sin un trozo de la piel de mi pecho que debió quedarse en la boca de Juliana cuando de un solo mordisco y me lo arrancó en su ataque de ira. Entre caníbales dice Gustavo Cerati. Esta vez fue porque descubrió en el bolsillo de mi camisa el recibo de una cena para dos. Esa vez sí era verdad. Ese fue el fin. Todavía está la marca en mi pecho. Por suerte fui a medicina legal, sabía que iba a necesitar ese papel algún día. Ella se fue esa vez para siempre, diciendo en la casa de su abuela que yo la había golpeado, que le había dado un puño en la cara y por eso tenía el ojo así. Me llamaron sus hermanos y me amenazaron. Es entendible que le creyeran a su hermana, todos me odiaron. Solo su hermano Ramiro fue sensato y me escuchó, con duda dijo que él sabía cómo era Julianita. Me imaginaba al juez creyéndole su versión.

Entré a la ciudad por el norte. Iba tarde pero tomé mis conocidos atajos, llegué justo y me adentré por la zona de los juzgados. Mi afán era ver a Jacobo unos minutos antes. Le rogué a Juliana que me lo llevara. Entré al edificio sudando y con la citación doblada en mi mano buscando la oficina respectiva. El pasillo era inerte, un verde claro sin vida y en el piso unas tabletas negras rayadas e incompletas dejaban ver partes cuadradas de cemento. Juliana estaba sentada junto a su mamá en un trío de sillas pegadas. La dama de hierro y su hada madrina. Y sin Jacobo.

Ellas no me miraron, prefirieron el piso. El vacío en el estómago de no ver a mi hijo se me agrandó y el llanto me ganó. Entró el juez. Sus asistentes

sintieron que había entrado un dios. El juez me miró. Me sentí en desventaja por el mero hecho de ser hombre. Una mujer de pelo corto que no cabía en su sastre me miró mal y empezó a hablar fuerte al lado del juez y de un policía aburrido. Una súper máquina de escribir la seguía. Dijo la fecha, dijo el nombre del demandado y de la demandante. La demandante se puso de pie. Estaba estrenando un vestido celeste que hacía juego con sus tacones. Estaba bonita, se veía recta e inocente. Y lo sabía.

Lo que me confundió es que la demanda era por alimentos. Yo iba preparado a mostrar lo del mordisco cuando estaba dormido. A decir que al quitármela de encima, mi piel se desgarró, que la empujé por reflejo y que ella cayó de cara contra la cama. Tenía ahí las fotos, pero no, no era eso ¿Alimentos?

-¿Cuánto tiempo hace que su esposo no le pasa el dinero para la manutención de su hijo? -Dijo el juez, en un tono amable.

-No señor, él no ha dejado de darme plata.

-¿Cómo así? -Dijo el juez, soltando una risa corta.

-Es que yo sé cómo son los hombres. Él ya tiene otra mujer y pronto dejará de darme plata.

-¿Usted ya comprobó que el demandado tiene otra mujer?

-Ya casi. Dijo y me miró amenazante.

Yo había parado de llorar, sentía ese plácido alivio y respiré profundo. Me

inquietó el curso que tomaba la disputa, me levanté cuando me anunciaron.

–¿Usted por qué llora señor? –Fue la pregunta que nunca imaginé que me hiciera el juez.

–Porque no trajeron al niño. –Y me desgajé nuevamente.

–¿Y cuánto dinero le está consignando a la demandante?

–Tres salarios mínimos legales.

–¡Tres salarios mínimos legales! –dijo alarmado el juez.

    Mi suegra me miró. Consciente de que era así. Al mirarla ya no me pareció de hierro. Su piedad la traicionaba, le salió un gesto que parecía arrepentimiento. Juliana se desbordó a defenderse. Se ahogó en su hipótesis. El juez se puso el dedo índice sobre los labios y la calló. Luego habló fuerte:

–Señora, usted está haciendo una demanda por si acaso: Por si acaso no le dan plata, por si acaso el señor tiene otra mujer, por si acaso la abandona.

–La justicia no funciona por si acaso. Cuando tenga un problema de verdad, viene. Y agradezca que no le dejo la custodia a ese papá que se nota necesitado de su hijo.

    Salí sin sentirme ganador. No ver a Jacobo me importaba más. Juliana estaba de nuevo en las sillas del hall. Deshecha esta vez. Es raro el amor, dice Zoé. Yo sabía que desde ese momento todo iba a ser peor y preferí ir por las buenas. Me senté a su lado y le ofrecí llevarla a la casa de su mamá, para así ver a Jacobo. Y fue ahí cuando sentí el chuzón en mi pierna, me había enterrado la punta del bolígrafo. El pantalón con un hueco. Me paré de inmediato y su madre

la regañó como a una niña chiquita que se porta mal y ella se detuvo y agachó la cabeza como a una niña chiquita que le tiene miedo a su mamá. No me pasó nada en la pierna. Cojeé e hice el drama amenazante de volver con el juez a quejarme. No peleemos más le dije. Seamos civilizados. Juliana preguntó por el carro diciendo que lo necesitaba. Le dije que se lo iba a dejar a ella y eso le cambió el ánimo. Caminamos al parqueadero, yo adelante y ellas me seguían a unos metros. Al subirnos al carro la mamá miró el patico en la silla y se conmovió. Lo guardé en mi chaqueta y ese acto le dijo algo a ella. Me miró tiernamente. Durante el trayecto Juliana revisaba atrás las cajas buscando lo que no se le había perdido. Llegamos y sus palabras fueron peor al chuzón en la pierna:

—Jacobó no está aquí, está en la finca del tío Bernardo, dijo con algo de vergüenza, pero fría, de todas formas.

Me quedé callado para ayudarme a calmarme. Me propuse ser un yogui haciendo un ejercicio tántrico con los ojos muy cerrados. Haciendo fuerza cambié mi ira. Me volví otro, un ser de esos de luz que acepta su presente y va a tratar de no empeorarlo. Los insultos nos van lijando, nos desgastan sin reversa, dijo el yogui en mi mente. Le anuncié que iría inmediatamente a ver a Jacobo. Juliana vomitó groserías y sentencias, pero su mamá la calló diciéndole su nombre completo.

Arranqué para la finca. Llegué más pronto que una ambulancia de emergencia. Pitó una vez. Bernardo salió al portal de su finca a abrirme, me sonrió. Honesto. Sin dejar que su parentesco con Juliana se inclinara alguna de

las partes. Y traía a Jacobo alzado. Los dos tenían gorros peruanos, se veían graciosos. Bernardo me saludó a unos metros mientras se acercaba. Jacobito alzó los brazos y se lanzó al aire a que yo lo recibiera. Me dijo *papi* con una sonrisa que le dio contrapeso a todas las desgracias del mundo. Tenía los cachetes rojos como un campesinito y eso me hizo llorar sonriente. Nos dimos un beso y lo abracé más tiempo del usual. Saqué su patico de mi chaqueta cual mago talentoso y se lo di. ¡Tarán! Sus ojos crecieron y gritó *¡tico!*. El patico ya tenía otra cara.

## **Dos centímetros más de corazón.**

Rosita quiere una fiesta antes de que le toque morir. Quiere serenata de mariachis y de vallenato. Rodeada de mis hermanos, mis nietos, mis hijos y mis amigas. Y de resto nadie más, dice y las risas hacen eco en el cuarto del hospital. En plena risa, entra el doctor con la historia médica y se acaba la algarabía. Mi señora, usted tiene el corazón muy grande. Ay gracias doctor, dice halagada. No, no es un cumplido, es un problema. Un problema grave. El médico levanta la radiografía a contraluz y enfoca señalando con el dedo. Aquí se ve claro. En ese instante miro a mi hermana, ella lee mis labios y ve que le estoy diciendo güevón al médico. ¿Qué vamos a ver nosotros ahí? Sumercé tiene cardiomegalia. O sea, el corazón unos centímetros más grande de lo común y esa es una condición que trae sus problemitas. Así en diminutivo lo dice. Rosita sonrío apenada como si fuera su culpa. El doctor sigue: Por eso la arritmia, la presión arterial alta y la hipertensión pulmonar. Puede tener otro paro cardiaco en cualquier momento. ¿otro infarto? Pregunta con miedo mi hermana. Exacto, dice tranquilo, como si hablara de una gripa. Desde ahora debe dejar las grasas. Mi hermana mira a mi mamá como regañándola con la mirada, pero sabe que ella no va a dejar de comer morcilla y huesos de marrano. El doctor dictamina algo

peor: Y desde ahora debe estar con oxígeno permanente. Me quedo viendo la bala del oxígeno y le bajo el volumen a las palabras del médico. Miro ese tambor metálico. Ese aparato será sus pulmones. Su nariz con una manguerita colgada será ahora parte de su cara. Los niños mirándola como bicho raro en los restaurantes. Hay manchas secas de sangre en su pijama y en las sábanas. La trajeron de emergencia. Me dio un patatús y no me acuerdo de más, dice Rosita sonriendo. Sin alarmarse por lo que dice la radiografía. El doctor me entrega la historia médica en un sobre gigante y se va, como un mensajero de la muerte que deja otra entrega. El cuarto se llena de silencio. El pitico incesante del electrocardiograma suena tétrico. Todos estos aparatos que sostienen su vida me dicen que quizá es mejor hacer la fiesta rápido.

Nos fuimos a la cafetería de la clínica. Ahí llego también mi hermano de Miami, acababa de bajarse del avión. Yo les digo que hay que ser realistas: El corazón no le va a aguantar. Hay que hacer la fiesta. Mi hermana se limpia las lágrimas y trata de desahogarse. Claro, ahí está pintada mi mamá, tanta misericordia la enfermó ¿quién iba a pensar? Ser bueno es malo. Dice. Yo le digo que deje el romanticismo. Los sentimientos no nacen de un músculo, deben salir de en algún lugar del cerebro. No sea cliché. Le digo y me animo a seguir. O usted cree que ella tiene más arterias y válvulas que la gente. Sí, a lo mejor tiene por ahí cincuenta y así puede bombearle más sangre. Litros y litros por minuto entrando y saliendo cada minuto. Es así que ella puede arreglar los problemas de sus amigas, de nosotros y de los vecinos. Bah, eso es carreta. Le digo ya furioso. Lo que pasa es que ella no tiene tres hijos sino treinta, no sabe de dietas y llora en silencio. Eso y el estrés desde hace treinta años de pensar cada noche en mi papá y su otra señora mientras vivíamos en la penuria es lo que en

verdad la enfermó. Cuando la miro tiene los ojos aguados en lágrimas. Le pido disculpas y les digo que por qué no mejor vamos a buscar mariachis. Nos fuimos en un taxi. Un tipo gordo que no cabe en el disfraz de mariachi nos interrumpe golpeando la ventana del carro. Mariachi Juárez, dice la tarjeta, nos sonríe y su diente de oro brilla. Luego aparece otro por la otra ventana. Águilas de México. Esta vez nos llamó la atención un mariachi de puras mujeres: Las Marías. María Dolores es la cantante, María Celeste la de la trompeta con sordina, María Mercedes la segunda trompeta, María de los Guardias maneja la camioneta y carga el parlante. Son siete en total. Mi hermana sonríe y dice que ese le va a gustar a Rosita. Ahora vamos por el grupo vallenato y la comida.

Volvimos a la visitarla. Todo está casi listo pero Rosita tuvo una recaída fuerte. Está en coma. Ahora es una doctora la que entra y nos enumera más problemas: diabetes, hipertensión, infección a los riñones, artrosis degenerativa. Y el epoc, que ustedes ya sabían ¿Epoc? Digo ignorante. Enfermedad pulmonar obstructiva, dice mi papá, sin dejar de mirar el crucigrama. Suspiro y le digo a mi tía que no sabía que una persona podía tener tantos males a la vez.

Nos reunimos para decidir. Rosita ya llevaba seis meses así y desconectarla era una opción que ya sonaba más seguido. Mi hermano, dijo que le lleváramos la serenata a la clínica. Que hiciéramos la fiesta allá. Ninguno dijo que no.

Llegaron Las Marías. Tuvimos que sobornar a los celadores y las enfermeras. La imagen de las María en el ascensor y el hall de la clínica me parecía surreal. La gente sonreía y abría la boca al verlas. María de los Guardias entró sin pedir permiso y conecto el parlante a la corriente. El micrófono chilló. Rosita movió la mano, gritó su

nieto en medio del gentío. Ella escucha, dijo una enfermera. Nos encerramos en el cuarto. María celeste empezó con su trompeta una tonada conocida. Sonaba más duro de lo esperado. La ley del monte, decía de primero en la lista de la mano de María Dolores. *Grabé en la penca del maguey tu nombre, unido al mío, entrelazado...* Todos miramos la mano de Rosita. Su dedo anular empezó a llevar el ritmo sobre los demás. La que primero lloró fue la tía Lola, siguió la tía Josefa y así siguió la serenata de risas y llantos.

Rosita despertó milagrosamente la semana siguiente. Las tías le dieron el crédito a la intervención divina del médico José Gregorio Hernández y a la misas que ellas le habían ofrecido a su nombre. Me dijeron que una noche su espíritu había venido. Que él había venido y la había curado, como a ellas. Los médicos nos felicitaron porque no creían que ella fuera a salir. Sin especificar de dónde. Rosita me pregunto por mi trabajo y mi negocio que estaba en riesgo. Bien Rosita, le dije. Pero eso no importa ahora. ¿cómo se siente? ¿quiere algo? Una fiesta, con Mariachis y vallenato. Me dijo sonriente.

## La carta

Benjamín se sentó a escribirle a Laura que la iba a dejar, que la iba a abandonar a ella y a sus hijas y se iría a vivir con un transexual, pero no salió tinta por la minúscula esfera del bolígrafo y Laura quedó invisible en el papel. Repujada pero inexistente. Ese pequeño incidente, le pareció una premonición. Era mejor parar la tragedia que venía. Benjamín siguió actuando esos días, aparentando que todo estaba bien. Una semana después, impulsado por sus certezas, llegó a la casa con un kit de seis bolígrafos. Se encerró de nuevo en el estudio y se preparó, estaba nervioso, sentía que iba a cometer una especie de crimen. Respiró profundo. Las niñas golpearon en la puerta de vidrio y les respondió con un gesto brusco que las espantó. Y comenzó. Esta vez Laura quedó escrita. No utilizó los diminutivos de siempre como amorcito o bebecito. Su escrito era casi un memorando, esperaba que esa frialdad hiciera menos dolorosa su decisión. La segunda línea decía que se sentía muy enamorado de esa persona especial. Que era consciente de su sentimiento adolescente y anormal para algunos, que estaba dispuesto a soportar las consecuencias que vendrían. Benjamín dobló la hoja ya terminada. Luego la rompió y se guardó los

pedazos en el bolsillo.

Benjamín llevaba meses repitiendo esa carta y desapareciéndola. Llegó a pensar en decírselo en la cama o en el comedor, pero sentía que un tema así no podía ser una conversación. Sentía pudor. Era una lucha entre su racionalidad y su emoción. Se la pasaba buscando frases positivas en libros de supermercado que lo animaran a tomar la decisión. La vida es una. Lucha por tus sueños. Tu camino puede no ser el de los que amas.

Se le ocurrió que era mejor enviar la carta por correo al lugar de trabajo de Laura. Llevó el sobre con los sellos listos a la oficina de correos. Se acercó tembloroso al buzón. Miró al dependiente. El hombre de uniforme amarillo le dijo que si en serio le iba a hacer eso a Laura. Benjamín sacudió la cabeza y le dijo que le repitiera que no entendía. Le dijo que ese era el buzón correcto, mensajería local. Y por fin la dejó caer la carta en ese hueco. Ya no hay vuelta atrás, pensó. Ya era una papel que llegaría a su destinataria a los dos días máximo. Un cartero la tomaría y la arrumaría sobre las otras, como a una más. Inconsciente. Irresponsable. El joven la llevaría en su moto y no se equivocaría de dirección. La dejaría en el estudio de arquitectos con ese número gigante y glamuroso de la entrada. El mensajero se la daría a la recepcionista y muy coqueto le guiñaría el ojo. Ella haría cara de curiosa al ver que era una carta del marido de su jefa y se la llevaría personalmente para ver la reacción. Laura la miraría con inquietud. La abriría mientras hablara con su socio sobre la maquetación del nuevo proyecto y se rascaría las uñas con sus mismas uñas al ir leyendo entre líneas y no entendería nada y volvería a leer el sobre. Y

revisaría el remitente y creería que es una ridícula broma. Un error. Entonces no podría trabajar más y todas las palabras de la oficina serían un eco inentendible. Saldría. Llevaría esa carta a su casa a las cuatro y quince de la tarde y le diría a Benjamín que qué tal la ridiculez. Ella comprobaría que él jamás llegaría a eso. Él se pondría furioso y le diría que cómo se le ocurría si quiera pensar que eso fuera posible. Pero todo eso no pasó. Benjamín se quedó callado mordiéndose el puño. Laura, temblando, le preguntó que cuándo había comenzado todo esto.

¿Cuándo comenzó todo?, esa pregunta le quedó sonando. Y recordó ese día. En el vuelo de Madrid a Bogotá. Zelena era ya una linda ejecutiva que llamaba la atención. Tenía un pantalón perfectamente liso y una blusa blanca de cuello recto. Los tacones le templaban bien las nalgas, sutiles pero como hechas por un compás. Benjamín la miraba entre los viajeros. Una familia turista que los separaba en la fila, se devolvió al *duty free*. Benjamín, dio dos pasos largos y quedó pegado a ella. No pudo creer que semejante cabellera fuera de verdad. Aspiró el perfume de su pelo. Zelena sintió la energía atrás, giró despacio y alcanzó a ver que tenía los ojos cerrados. ¿Y usted se duerme de pie como los caballos? Dijo su ronca voz. Benjamín sonrió apenado. Setenta palabras intentaron salirle, pero solo logró decir cansancio. Intimidado, miró a otro lado. Ella sonriente caminó por el túnel plateado. Al entrar al avión Zelena se le perdió. Benjamín ya estaba impactado, caminó por los pasillos y la buscó. Una hora más tarde del despegue sintió la excusa de ir al baño y la encontró en la última línea del avión, recostada ocupando medio cuerpo en la silla vacía. La contempló dormida de espaldas a él. Tenía al descubierto una franja de piel de la cadera

bien bronceada y asomado el hilo de encaje. Luego le miró sus labios entre abiertos. Enfocó la lengua. Ella siguió indefensa. Benjamín giró hacia la ventanilla a observar las nubes. Pensó en sus hijas pero no logró distraerse de ella. Volvió a escanearla. Al fin siguió su camino y abrió la puerta plegadiza del baño. Se lavó la cara y se organizó. Al salir, vio que ella se cepillaba el pelo con una particular cadencia. Toda una escena cinematográfica. Benjamín se detuvo a medio paso a esperar que notara su presencia, pero de nuevo Zelena lo sorprendió con sus palabras. ¿Le gustó lo que vio? Sí, es un lindo paisaje. Respondió osado, a ella le gustó eso. Los dos se rieron a la vez. La abuela de la silla contigua los admiró. Parecía una película rosa de domingo. Entonces, sintieron la fuerza necesaria para saltarse el protocolo del cortejo. Zelena se corrió hacia la silla del centro y Benjamín se sentó en la orilla. Cuando llegaron a Bogotá ya parecían una pareja que llegaba de su luna de miel. Ella le dio su número antes de subir al taxi y la promesa de una cita antes de volver a Madrid. Esa noche, en el fondo de su ser, Benjamín supo que la voz de Zelena, la nariz, y la manzanita de adán en el cuello pertenecían a los residuos de un hombre bello. Y también supo que algo en él se había despertado y que nada lo detendría.

Así comenzó el romance. El anormal y ridículo para los afectados y el loco y adictivo para Benjamín y Zelena. Nadie sabía qué los unía tanto, ni siquiera ellos dos. Si era el hecho de ser capaces de llevar lo irracional a lo racional, si era la distancia, o si era que las hormonas se mandaban solas. Era todo a la vez y se lo gastaban en cada encuentro. Madrid, Bogotá. Berlín. Cuba.

Se inventaban *meetings* importantes, pedían días no remunerados, se sincronizaban. Dos amantes quemando sus naves.

En Berlín, en Alexander Berlín Platz Benjamín se enterneció al ver unas niñas gemelas que le recordaron a sus hijas. El sentimiento de padre fugado lo atormentó y le dañó el paseo. Berlín se puso vieja y fea a sus ojos y empezó a verle defectos a Zelena. De pronto sintió que se había equivocado y se inventó un viaje urgente a Bogotá. Zelena le creyó.

Laura le tiró la carta a los pies. Le cerró la puerta y nunca más le volvió a dirigir la palabra. Benjamín tuvo que recurrir a la ley para ver a sus hijas, pero el causal del divorcio que Laura argumentó le complicó verlas. Sus visitas terminaron siendo supervisadas por un funcionario de protección al menor. Benjamín tuvo que revivir su pasión. Decidió seguir y pronto todo volvió a tomar sentido de nuevo, se dedicó a hacer su vida con Zelena. Y comenzó a hacer las otras cartas; las burocráticas. Las que su decisión le obligaba a entregar: Su renuncia irrevocable al trabajo como director de tan prestigioso canal de televisión. La cancelación a la tv por cable y a las revistas de cine, fotografía y literatura. También le escribió una carta a su madre en Miami y al papá en Choachí. Se sentía cobarde al escribirles y no poner la cara. Se veía tirando piedras a ventanales gigantes y frágiles que destruían el interior y les causaba heridas a sus habitantes.

Zelena no sabía nada de sus planes pero le regalo una llave de su apartamento en Madrid. Es tu casa cuando vengas, le dijo. Al mes Benjamín llegó a Madrid de sorpresa, no fue al apartamento, se instaló en un hotel

modesto, luego entró por una hora a la iglesia San Andrés Apóstol. Al salir, llamó a Zelena y le dijo que le había enviado una sorpresa con un amigo para que lo recogiera en ese hotel. Ella llegó a pensar que Benjamín estaría ahí pero no le emocionó el hecho. Cuando Zelena entró al hotel, tuvo un presentimiento. Preguntó por el paquete y el botones la llevó a una pequeña sala privada. Benjamín estaba sentado al lado de una botella consumida a la mitad. No hubo un saludo efusivo. El afán de preguntas y respuestas de Zelena hizo tenso el encuentro. Ella tomó de su vaso sin pedir permiso y se lo bogó. Muy seria le dijo que no le gustaban esas sorpresas. En ese momento Benjamín le pasó la carta, abierta y arrugada, la carta que Laura le había devuelto. Zelena leía y renegaba con jadeos. Antes que ella hablara, Benjamín supo lo que iba a pasar. La cara se le fue desinflando. Zelena soltó una risotada gruesa que retumbó en el pequeño salón. Se burló de él, lo miró con como a un intruso torpe. Se levantó y metió con fuerza la silla en la mesa. Se abotonó la chaqueta sacando el pecho. Le dijo que no podía creer que confundiera una cosa con otra, que ella jamás viviría con un tipo que fuera capaz de dejar a sus hijas. Que no era un hombre confiable. Y se fue, dejando la habitación llena del olor que lo enamoró. Benjamín se acabó la botella mientras iba alisando la carta.

# Una línea azul infinita

Hasta allá fue. Arriba de esas montañas de todos los verdes y el blanco gaseoso de las nubes que trata de esconderlas, allá al pico más alto, allá llegó mi niño y su perro. Pero perdieron el viaje. La alegría le duró unos segundos. Mi Teo se empinó sobre el risco de la montaña y saltó para ver más arriba. Ni siquiera sintió miedo a caerse. Turbo le latía como animándolo a llegar más alto. Y no. Y no. El mar no se veía desde allí. Pobrecito. La frustración lo puso a llorar y a gritar llamándome. Mamá. Mamá. El eco de su grito se multiplicó por el cañón y el perro parecía un suricato buscando el origen de tantas voces. Teo estaba furioso. Se estaba mordiendo el labio. Las gotas saladas y frías de sus lágrimas bajaron por su cachete colorado. Se le metieron en la boca y sintió de nuevo ese sabor agrio y seco. El mismo que sintió cuando desapareció.

Teo volvió esa noche a casa sin poder ver el mar. Llegaron tarde. De noche. La ventanita del rancho a las orillas del pueblo apenas alumbraba. Al verlos

entrar, mi papá lo regañó. Teo le alzó los hombros cuando su abuelo se volteó. Mi papá le dijo que no le levantara los hombros y que agradeciera que no le daba una muenda. Se entró a su pieza y tiró la puerta. Bajó el cuadro recién enmarcado con mi foto y se sentó en la cama. Me puso en su regazo como alzando un bebé. Mi papá le preguntó por la tardanza. Teo casi gritando le dijo que en la escuela su amigo Víctor Morales le había dicho que desde el pico de San Turbán se veía el mar. Que el que fuera capaz de subir hasta allá lo vería como una línea azul infinita. Pero es puro embuste, dijo Teo. Para ver el mar me toca ir a la orilla. A la costa.

También amaneció nublado al otro día. Teo abrió suave la puerta para no hacer ruido pero con la maleta de viaje tumbó una escoba. Mi papá lo estaba mirando desde la cocina y le dijo que para dónde iba con esa foto, que era de él. Altivo, Teo le contestó que su mamá era suya. Y que se iba ya para la costa a ver el mar junto con mi foto para que yo también lo conociera. El abuelo le dijo que desayunara antes de irse. Teo se asustó. Pensó que era una treta suya para retenerlo. Al entrar a la cocina vio las maletas de su abuelo listas y mi papá le dijo que si también lo podía llevar a él. Que tenía unos ahorros. Mi papá lo quiere mucho, más desde que me fui, se volvió su papá y su mamá. Yo sabía que él lo trataría mejor que yo. Desayunemos bien y nos vamos, le dijo mi papá.

Tomaron un bus a Bogotá. Los tres iban felices. Al llegar al aeropuerto duraron horas entre ventanillas y oficinas sufriendo con la compra de los tiquetes de avión y los trámites para embarcar al perro. Mi papá agarraba fuerte de la mano a Teo, con miedo de que le pasara algo, prevenido de tanta cosa que

escucha en las noticias. Y de nuevo le llegó la decepción: No le dejaron subir la foto mía al avión. Se formó un drama ahí. La gente a favor de mi papá, mi niño y su perro. Una abuelita toda emperifollada decía que no hicieran sufrir a la criatura. El policía que revisaba las maletas le prometió que tratarían bien a su mamá. Teo sonrió por fin cuando metieron mi foto en un guacal de madera y le pegaron muchas calcomanías que decían *frágil*. Llegaron a Santa Marta de noche. Aún tenían sus sacos puestos. Tomaron un taxi al hotel. Comieron en una terraza ya solitaria. El sonido de las olas reventaba contra las piedras pero no lograban ver el mar. Los tres dejaban de masticar y lo buscaban a cada estallido. Sólo veían una inmensa negrura. Comenzó un aguacero. Los rezagos de la tormenta, dijo la mesera. Durmieron agotados.

La luz del día entró por los extremos de las cortinas de la habitación. Mi papá se levantó apretando los ojos ante el destello. No vio a Teo en la cama. Asustado se paró y lo buscó. Estaba en la terraza mirando el mar y sosteniendo mi foto. Mi papá no le dijo nada, se paró a su lado y se quedaron contemplando el horizonte.

Llegaron a la playa. Fueron invadidos por vendedores de gafas y gaseosas. Mi papá no se quitó su sombrero. Teo y Turbo corrieron al agua. Mi papá cavó un hueco en la arena y ahí puso mi foto de modo que yo mirara hacia el mar. Teo corrió y jugó toda la tarde entre la arena y el mar, terminó rendido, mi papá lo esperaba con una toalla grande y lo llevó a conocer el rodadero. Mi viejo estaba feliz de ver la cara de emoción de mi Teo.

Al otro día Teo se levantó con tantas ganas de ir al mar como si no hubiera ido. Desayunaron arepa de huevo y Teo dijo que iba a desayunar eso todos los días de su vida. De nuevo en el mar, decidieron montar en lancha. Caminaron por el muelle viejo y arruinado, se subieron a una lancha de madera. Un negro sonriente con camiseta de la campaña de un político los convenció. Ese lancharo tenía dientes grandes. Amable desde su hablar. Le ayudó a mi papá y al perro a subirse. Miró el marco con mi foto y dijo bonita la seño pero no la puedo embarcar, se puede mojar o romper. Mi papá dijo que su hija iba donde él y Teo fueran y que si no se podía entonces no podían ir. Teo me abrazó y el lancharo dijo que los entendía pero que él no respondía. Al encender el motor Turbo se asustó como si estuviera escuchando al diablo. Entre más le ladraba al motor más los hacía reír. Al rato la tierra desapareció y en ese instante Teo entendió lo de una línea azul infinita.

Vamos a las islas, dijo el lancharo. El agua se fue levantando. A Teo las olas le parecían a las pequeñas colinas de su pueblo. El mar creció. Se estrellaba contra la coraza y los hacía mecerse. El abuelo y el conductor se miraban. Ya eran muy altas las montañas de agua. Teo vio las gotas que habían caído sobre el vidrio de mi foto y los fue limpiando con su mano y algo en ese instante le hizo recordar el día que me vio irme de madrugada con la maleta. Teo, a pesar de ser un niño, entendió que yo no iba a volver. Y gritaba desde la ventana; Me prometiste que iríamos al mar. No te me vayas mamá. Tenemos que ir juntos. El lancharo le puso a Teo un chaleco salvavidas y le sonrió. Es normal por estos días, tranquilo, le dijo. Mi papá recostó mi foto en una silla. Alzó

a Teo sobre sus piernas y sobre él a Turbo. Teo volvió a agarrar mi foto. La embarcación subía y bajaba por toboganes de agua. El cielo se volvió como el humo de un incendio gigante. Empezó a llover. El agua se fue metiendo. Ya cubría los pies de mi niño. El lanchero usó el radio teléfono de cable espiral y pidió ayuda desesperada. No hubo retorno. Las olas entraban con fuerza y les daba cachetadas a todos. El agua le empapaba la cara a Turbo, el perrito tiritaba y parpadeaba.

Teo apretó a Turbo, trató de calentarlo. Pensó en el día que lo recogí en la escuela para ir a comprar las cosas de su cumpleaños. Recordó la fiesta. El postre de tres leches que tanto le gustó. La casa llena de gente que tomaba cerveza y bailaba apretada. Me veía riendo a carcajadas. Recuerdo que ese día yo tenía el vestido amarillo, el mismo de la foto. En ese momento Teo entendió la forma en que yo miraba a Isaías y como Isaías me miraba a mí. En medio de su inocencia supo que un día yo me iría con él. Que Isaías era el hombre que le quitaría a su mamá y el que me quitaría la vida a mí. Mi niño supo que la fiesta de su cumpleaños era en realidad una fiesta de despedida. El lanchero sacó una bolsa plástica vieja y negra y se la dio a Teo para que guardara mi foto y evitar que me mojara. El lanchero pegó un grito ante una ola inmensa que venía frente a ellos.

El sol volvió a salir. Teo y Turbo flotaban en un nuevo mar: Uno quieto y tranquilo. Mi papá ya no estaba. Ni el lanchero. Ni mi foto. Un pedazo de madera de la lancha los sostenía a flote. Teo subió con dificultad a Turbo a esa pequeña superficie. Se mecían solos. Teo gritó Abuelito. Gritó mamá. Gritó hasta el

cansancio. No hubo eco. Turbo tiritaba sin parar y le movía la cola. Llegó la silenciosa soledad y ahí se quedó mi niño y su perro, como dos puntos diminutos en la línea azul infinita. Dos puntos que no se ven desde ninguna montaña.

## La mariposita

Ese día Fabricio cumplía cuarenta y nueve años pero no amaneció contento. Se despertó sobre el colchón de la diminuta pieza de paredes manchadas y se quedó un largo rato pensando. Cuando va llegando la vejez la conciencia le hace muchas preguntas a uno, pero uno no se las contesta. Esa frase que su padrastro le había dado hacía años fue la que esa mañana sí quiso responder. Y esta vez fue sincero: No había hecho nada con su vida. Por primera vez, pudo hacerse una mirada crítica de su existencia y se vio allá, en el rincón de ese cuarto. Y se vio como un animalito en un chiquero. Vio una criatura húmeda y asustadiza, traicionera, temerosa del minuto siguiente. Fabricio repasó sus episodios lamentables; la cárcel, los hospitales. Su prole de seis hijos de diferentes madres, sus vicios, sus cicatrices y sus caries. La conciencia insistente como un pájaro carpintero taladrando en su cabeza. Luego se dijo otras palabras honestas: Ya nada va a cambiar.

Por eso decidió que iba a hacer una sola cosa y que la haría bien. Pediría la

custodia de la más pequeña de sus hijas y se la llevaría a que su mamá, la abuela de la niña, se la criara como pudiera. La salvara de Yissela y de él.

Fabricio llamó a Yissela. Ya sabía la verborrea que ella le iba a chillar. Suspiró y sintió su propio tufo, puso la bocina del teléfono público sobre el hombro mientras rasgaba con la uña negra la calcomanía de préstamos sin deudor pegada del metal. No le peleó. No la insultó. Reconoció sus faltas y le pidió que lo perdonara. Le confesó que hacía días no consumía marihuana, que lo habían llamado para un trabajo. Y que ya tenía todo listo para darle la niña en custodia a su abuela. Yissela le creyó y miró a su hija dormida. Encendió un cigarrillo y se quedó pensando, espere, le dijo. Yissela también supo que la niña estaría mejor sin ninguno de los dos. Ella pensaba en medio de su mareo en las cosas que habría presenciado su hija; el sexo y la violencia que la pequeña veía en la misma cama que su mamá usaba para estar con hombres que no eran su papá. Su incapacidad de ser una buena madre. El silencio entre los dos se volvía una tregua. Yissela soltó la bocanada de humo y puso el cigarrillo sobre el cenicero sin aplastarlo. Sonrió. Le ilusionó ver a su hija en un lugar mejor. Venga por la niña el viernes, yo se las tengo lista con los papeles.

Fabricio llegó afeitado y de corbata. Jugando a ser un niño juicioso. Cepillados los dientes y con la maletica de *Hello Kitty* que la niña le había pedido. Yissela sintió su golpear característico con el anillo de calavera contra el vidrio. Bella Yissela, se asomó ansiosa a la ventana a encontrar la figura difusa de su papá. El sol le achinó los ojos pero aun así le sonrió. Se veía como otra

*Hello Kitty*. Fabricio abrazó a la niña y la llevó a cierta distancia de la puerta. Sabía que Yissela iba a darle los últimos insultos antes de su partida. Continuó recio con el aguante. Un hombre negro y de ojos amarillos se asomó desde adentro y llamó a Yissela a que se entrara. Fabricio vio que era un tipo nuevo. La sangre se le calentó en un segundo pero su determinación lo mantuvo a raya. Nos vemos a las tres en el juzgado de familia, le gritó Yissela. El hombre tiró la puerta de una patada. Fabricio tranquilizó a Bella. No pasa nada.

Siguió relajado. Sintió que su plan iba bien. Llevó a Bella donde su abuela. Le compró un vestido, la bañó y la peinó. Le mandó hacer la trenza de Shakira. Le compró los chicles de bolitas de la máquina dispensadora. La llenó de galguerías. No la regañó ni le pegó por ensuciarse. Y sintió un alivio por el día que estaba pasando. Un día ligero de peso. Fabricio y Bella llegaron al juzgado a las tres y cinco. En el juzgado la fiscal le dijo a Fabricio que el proceso era un trámite simple pero obligatorio. Un examen psicológico y médico. A Fabricio le pareció bien. Yissela ya estaba adentro y no le habló a ninguno. La niña tampoco la saludó. Al rato una joven enfermera se asomó y gritó: Fabricio Contreras. Yissela le dijo vaya usted con la niña, yo los espero. Haló a la niña de un brazo hacia ella y le agarró la cabeza con las manos y le besó la frente. Yissela quería una despedida emotiva, pero la niña se le zafó y volvió a Fabricio. Entraron al consultorio a la revisión médica. Había una doctora muy seria, de cara inflada y rosada. La doctora escaneó a Fabricio y le preguntó si era el papá. La niña respondió que sí. Espere afuera, le dijo. La enfermera le quitó la ropa a la Bella y la subió a la camilla. La niña quedó en ropa interior. La doctora empezó a

auscultarla, le levantó los brazos y le puso el estetoscopio en el pecho luego fue tocando su abdomen y su pelvis. De repente Bella la esquivó y se tapó con las dos manitos y le dijo:

–La mariposita no se toca porque es el secreto del papá.

La doctora se alarmó. Se le subió el calor a los cachetes y le dijo a la enfermera que mirara a ver si el papá seguía ahí afuera. La enfermera entreabrió la puerta, Fabricio y Bella se sonrieron. La enfermera cerró y asintió. Inmediatamente la doctora salió de afán, miró a Fabricio, le dijo espere. Al volver venía escoltada por dos policías y por el juez de familia. El juez le dijo que estaba detenido por la sospecha de abuso carnal abusivo a su propia hija y que desde ahora la menor quedaba bajo la protección del estado.

La mariposita no se toca porque es el secreto del papá, fue la frase por la que tanto le preguntó el psicólogo a Bella y la que ella nunca pudo volver a repetir. La que atormentó a Fabricio en la cárcel y lo metió en problemas, la que el abogado de oficio llenó de adjetivos como delicado y complicado para obtener plata urgente de los hermanos de Fabricio, también fue la frase que Yissela regó por el barrio, la que la familia trató de esquivar con los vecinos, la que tías y primos llenaron de versiones y cuentos y la que el juez leyó diciendo que ponía comillas. Fabricio estuvo quince días encerrado hasta que fue absuelto. La niña no había sido abusada.

El día que Fabricio salió de la cárcel se convirtió en un antes y un después en su existencia. No para bien. Fabricio se siguió apocando. Ya era otro. Cojeaba.

Tenía la piel de la cara escurrida como si fuera una máscara. Fabricio era un fantasma de Fabricio. Bella había quedado a la custodia de sus hermanos y su abuela. El abogado volvió a usar delicado y complicado, esta vez para contar que tras la investigación se había descubierto que todo había sido por una treta infantil que Yissela inventó sin pensar en las consecuencias. Ella lo esperó a la salida, le llevaba cigarrillos y un regalo empacado. Le dijo que solo le pedía la última oportunidad. Que había hecho eso por bruta. Que volvieran y recobraran a la niña, que desde ahora no existía nadie más que él. Fabricio se rio y siguió su caminar. Los hermanos también lo esperaban, lo llevaron a comer y le pusieron ropa nueva, insistieron en que debía demandarla. Fueron saliendo del restaurante y cuando se dieron cuenta Fabricio ya se había ido sin despedirse. Fabricio se encerró en una pieza al final de un pasillo en una casa oscura del centro. Se acostó y ya no volvió a levantarse.

## La cinta morada

A Ordóñez le gustaba mirar la gente e imaginársela muerta. Les cerraba los ojos, les cruzaba los brazos sobre el pecho y los acostaba en un cajón. Les metía los algodones en las narices. Los hinchaba, les hacía una burda autopsia, los espolvoreaba de un pálido azul, los abandonaba en la morgue. A las parecidas a la mamá las dejaba con un semblante sereno, casi sonriente. Y a los que se semejaban con el papá les medio abría la boca para que se le asomaran los dientes y lucieran como gruñéndole a la vida.

Ordóñez andaba en esas cuando la lluvia le espantó a las víctimas. La gente corrió a escampar. Se le escondían bajo los paraguas o metían sus caras dentro de los abrigos. Algunos estudiantes y oficinistas entraron apurados al Café Merlín. El bullicio fue llenando el local y el calor del lugar formó una nube cálida sobre las cabezas mojadas. Ordóñez eligió la mesa del fondo. Puso el sombrero en la silla izquierda, el maletín en la derecha. Sacó el periódico y leyó la noticia de las decenas de muertos por el accidente del tren de pasajeros contra

el bus escolar. Tocó las fotos del bus partido en dos, palpó la tragedia en las caras de las madres. Luego pasó a los obituarios y sonrió. Se burló de las frases de condolencia, y de nuevo volvió a la portada y repasó todo. Dos horas después, se levantó con la complacencia de quien lee a gusto, dejó las monedas del café sobre la mesa y salió. Tomó un taxi hacia el cementerio central. Intuyó que ya habría sepelios. Llegó afanado. Al entrar vio una procesión que llevaba dos cajoncitos blancos. Se coló entre los dolientes. Simuló rezar y estar triste. Empezó a oscurecer. Los pocos familiares que quedaban ya susurraban quién sería ese tipo. Ordóñez salió. Se paró frente a la puerta del cementerio y esperó hasta que salieran los últimos asistentes a su show.

A Ordóñez la muerte le atrajo desde los ocho años. Comenzó por el olor. Estaba en el velorio del abuelo, parado tras las llamas nerviosas de los sirios sintió el almizcle del agua podrida de los gladiolos y los crisantemos viejos. En el segundo día de la velación, sintió de nuevo ese olor pero se le mezcló con el formol más los gases de la descomposición que salía del cajón. Así entró por la nariz del niño Ordóñez el olor a muerto y lo convirtió en su aroma agradable. Después tocó un muerto: A su tía Inocencia. Aún estaba tibia cuando la mamá de Ordóñez le besó una mano y se la llevó a su pecho, a él le pareció el momento preciso y le tomó la otra. Solo la soltó media hora después, hasta que sintió que era cierto eso de que se enfrían.

A los veintiún años Ordóñez sabía más de la muerte que de la vida. Aunque como buen observador primero se había asegurado en conocer a fondo los arquetipos de los vivos. Se hizo un antropólogo autodidacta. Se dedicó a

analizar la condición humana. Se encerró a diseccionar las rutinas. Los sueños en masa, los rituales, los miedos y las ilusiones básicas de las personas. Las clasificó en carpetas, mandó ponerles pasta dura con títulos de imprenta. Luego volvió a la muerte. A pararse tras las pilastras de las iglesias paraver el cura de turno lanzando el agua bendita. A esperar en los cementerios viejos y ver llegar las procesiones familiares a incrustar el nuevo residente en su habitación eterna. Ordóñez ya sabía diferenciar quién fue mejor persona que otra en vida por la simple cantidad de asistentes al entierro.

Ordóñez era un contador. Pegaba su nariz a milímetros de los cuadernos sin mirar a nadie. Mazuera e Izquierdo lo miraban en silencio desde sus cubículos y se miraban entre ellos. No les caía mal Ordóñez o lo soportaban para que les ayudara en sus vacíos contables. Admiraban su talento con los números y lo animaban a cosas triviales; fútbol, cervezas, política, reinados. Incluso querían llevarle a Beatriz en esos planes. La joven pálida y solitaria de archivo. Mazuera e Izquierdo organizaron un asado para el departamento contable. Pero Ordóñez evadía siempre la reunión social con dos palabras honestas y frías: no quiero.

Ordóñez seguía ansioso con el accidente del tren. Fue otra vez a medicina legal. Iba tanto que ya entraba con propiedad engañando a todos ser un forense y pasaba como un profesional más. Sin que le preguntaran daba comentarios acertados. Sabía leer los patrones que hay en las pupilas. Interpretaba bien los moretones. Miraba las uñas y daba hipótesis posibles. Sabía por qué los labios se ponían morados o por qué se llenaban de escamas. Podía hacer disecciones y dictámenes: Asfixiada, ahogado, atropellado,

envenenada, diabetes, ictericia. Todo eso lo llevó un día a pensar en su propia vida. En su propia muerte.

Ordóñez empezó a planear su propio entierro. Lo decepcionaba la forma en que la gente moría y las logísticas desordenadas. Quería una muerte organizada. Un sepelio concurrido. Y decidió no caer en más lujos. No más libros costosos sobre autopsias, no más vestidos grises repetidos, no más sufragios para colarse en velorios. Potenciaría sus activos y sus pasivos. Abrió un C.D.T y se propuso ahorrar al máximo. Sabía lo que esos ahorros serían en unos treinta y cinco años que le quedaban, estimaba. Todo eso iría para su propio servicio. El más sublime. Sin pobres. No dejó nada al azar. Desde el anuncio en el periódico que sería hecho por un diseñador. Tipografía fina y moderna. Siguió con la logística. Eligió a la prestigiosa funeraria Lumiere, decidió la iglesia, el cura, las lloronas y los asistentes pagos. La limosina, la sala de velación "supreme", la orquesta de cámara, el féretro de cedro con triple lacado carmesí, con relieves en plata y agarraderas doradas. Velas de verdad, flores de verdad y doce ramos ostentosos que iban desde cojines, coronas y palmas. Almuerzo, bebidas y transporte para cien personas.

Ordóñez iba a los hospitales y se metía a urgencias, a cuidados intensivos, sobornaba enfermeras y camilleros, le dejaban ver a los enfermos terminales en sus estertores. Iba mucho, tanto que él mismo sintió que ya estaba pasando los límites de la cordura. Entonces intentó ser normal. Volverse corriente. Dejar su oscura afición. Andaba distraído en su carro, intentando no pensar tanto en la muerte, hasta que su tentación pasó por el semáforo. Vio

pasar una camioneta con una cinta morada aleteando. Era un entierro raro. Una vieja camioneta de platón llena de peladuras de óxido llevaba a la intemperie un cajón de pino sin pintar y sin vidrio. Encima un ramo sin gracia. Un muerto pobre, dijo Ordóñez. Le intrigó no ver carros siguiendo el duelo, trató de leer el nombre en la cinta morada, el sol le encandiló. La camioneta de platón no tenía la puerta trasera y el cajón iba rodándose hacia fuera, sin arneses ni cuerdas. Ordóñez se llenó de adrenalina. Logró acercarse su carro a la camioneta y por fin leyó la cinta morada: Augusto José Ordóñez Malaver. Ordóñez soltó una carcajada, quería huir del miedo. Se contó un chiste en silencio: "mi homónimo se llamaba". se calmó y se dio consuelo. La camioneta arrancó y la inercia deslizó el cajón hasta la mitad. Quedó en el limbo, hasta que el peso lo llevó al suelo. Cayó lerdamente, doblándose y astillándose. La camioneta paró. La tapa se salió de su eje. El féretro dejaba ver lo poco que obsesiona y lo mucho que asusta. Ordóñez alcanzó a ver un vestido gris como los suyos, pero no veía la cara de Augusto José Ordóñez Malaver. Era un show desafortunado. Ordóñez medio se bajó del carro, un pie adentro, otro afuera pero agarrado a la puerta. Varios hombres se decidieron a ayudar, alzaron la caja con la delicadeza y el pudor de no mirar el muerto.

Llegaron pocas personas a la funeraria. Podían contarse. Ordóñez llegó descompuesto. Se detuvo en la recepción y miró la lista de los muertos y sus respectivas salas de velación para revisar los nombres, vio que su nombre estaba escrito a mano y con un marcador verde, sin mayúsculas ni tildes, anotado por alguien que tenía afán. Subió la escalera agarrándose fuerte de la

baranda, entró y vio la pobreza del velorio. No estaba su opulento cajón y no había más de seis personas. Se animó a seguir pensando en una terrible confusión.

Entró a la sala. El olfato le trajo un olor familiar. Vio a su jefe tomando tinto en un vaso desechable, se le acercó pero este lo rehuyó haciéndose el que no lo veía. Beatriz estaba junto a Mazuera e Izquierdo, rodeaban elcajón agrietado. Se acercó a saludar, ni lo miraron. Izquierdo fumaba nervioso. La ceniza larga se descolgó del filtro y cayó en el periódico de Mazuera, rodó y Mazuera la limpió con los dedos, al limpiar quedó una irónica mancha de ceniza sobre la frente de la foto de Ordóñez impresa en el periódico con un pie de foto escueto: Augusto Ordóñez Malaver, último muerto del accidente del tren contra el bus escolar.

## Tío Banano

Mi cuñado nunca me llama, por eso cuando vi su nombre en el celular sentí que algo malo había pasado. La llamada duró un minuto y las frases me retumbaron en la cabeza: Benito casi se nos muere en la piscina. El paseo terminó en pesadilla. Está delicado, en observación. No, no hablemos de quién es culpable. Estuvo varios minutos bajo el agua. Si puede venir le agradezco. Está en el hospital infantil. Ahora hablamos, debo colgar. Él debió sentir el compromiso de contarme porque sabe que mi relación con Benito es muy fuerte. Porque sabe que llevamos años con mi mujer tratando de tener un hijo y que Benito es lo más cercano a la sangre de mi sangre. Lo quiero como si fuera mi hijo. Llamé a mi mamá y en medio de su llanto me dijo que ya iban para la iglesia donde los casaron a ellos a ver si el cura bautizaba al niño en el hospital.

En la puerta de la iglesia un señor se hincó de rodillas y se santiguó tres veces. Mi mujer me miró a ver qué iba a hacer. Me dijo que quizá no podíamos tener hijos por ser ateos. Yo solo saqué las manos de los bolsillos y las puse atrás de mí. Entramos buscando a mi hermana. Alcancé a ver a mi cuñado y mi mamá al fondo hablando con un sacristán.

Vi que al Jesús de esta iglesia lo habían dejado más abajo de lo normal, Estos muñecos siempre están en lo alto, por obvias razones, pero este estaba como a dos metros nomás. Más asequible a los creyentes, casi terrenal. Nunca había estado tan cerca de Jesucristo, le dije a mi mujer, y se rio. Vi las espinas sostenidas por pequeños tornillos sobre su cabeza de madera y eso me hizo creer menos en Dios. Los detalles sin pulidos, sí, pero se veía el artificio. La apertura de la boca era la que lograba ese dramatismo. Esta versión tenía lágrimas y varias capas de laca. La sangre que le escurría por los brazos y por los pies debió pintarse de afán, se notaba. Es burda. O era la observación de mi ojo de diseñador. El carpintero no fue muy pulido con el cuerpo de Cristo. Todo el conjunto era drama puro. La música sacra, las velas y las ventanas de colores lograban una acertada dirección de arte. Bien montado el maniquí sobre el escenario.

Mi cuñado ya estaba hablando con el cura. Mi mamá como siempre arrodillada. Mi hermana le hablaba dulcemente a Jesucristo. Le tocaba un pie y se daba golpes de pecho. Rezaba con la misma devoción que lo hacía cuando niña en su primera comunión. O con más fe, parece. Le ruega con fervor que por lo que más quiera interceda con Dios y no permita que mi sobrino sin bautizar se muera y se vaya al infierno. El niño está en limbo, dormidito esperando la bendición del señor, enfatizó una monja que le rezó sin que se lo pidiéramos. Como un servicio por la limosna que nos sacó. Mi mujer también rezó. Eso me impresionó y hasta me hizo sentir mal persona. Un incrédulo pecador.

Me distraje con la mujer que tocaba el piano, no pude evitarlo. La minifalda me hizo caer en tentación. Ella me sorprendió mirando sus piernas. Abiertas, Dios siempre tiene las puertas abiertas, me dijo el cura, para distraerme porque vio que yo la veía. Me sonrojé. La mujer se estiró la falda y cerró las piernas. ¿Usted es de la familia Alvarado?, me preguntó y asentí. Mi mujer estaba lejos de saber de mi comportamiento. El religioso levantó la mano derecha y nos señaló la sacristía y nos siguió. Caminamos un callejón largo. Entramos a una oficina sencilla y ordenada que olía a ambientador dulce. Otro Cristo y otras Virgen María lo decoraban. Mi cuñado le pidió al cura que por favor visitara al niño en el hospital y se lo bautizara. Y que hiciera una misa por su recuperación. El religioso nos habló generalidades sobre la fe en los momentos difíciles, los planes de Dios y la cercanía que El Señor tiene con los niños. Quise entender que Dios tiene trato preferencial con los pequeños. Me pareció coherente su Dios. El cura me miraba de arriba abajo, solo a mí. Me picó el ojo, conquistándome con la mirada, de forma similar a la que yo miraba a la mujer mal sentada. Mi ateísmo empezó a volverse homofobia. Mi esposa entró en ese instante y la tomé de la mano, como que le dejaba cosas en claro al cura. ¿Quién es el padrino del pequeño? Dijo el religioso mirándome, sabiendo que era yo. Se levantó y se fue saliendo, nos fue sacando de la oficina. Puso su mano caliente en mi espalda y me adelantó para zafarme. Cuando estuvimos afuera nos dijo que haría una excepción y asistiría al hospital con su kit milagroso. Y que Dios fuera con nosotros.

Entré al hospital con miedo y ansiedad. El electro pegado a su dedo

índice dando noticias de su corazón. Me senté al lado de Benito. Estaba despeinado y pálido. Me invadió la sensación de impotencia. Somos mortales sin el poder de curar a los enfermos. Carne y hueso. Brazos y piernas diestras y hábiles pero que llegan a un límite físico, mecánico. Rogué porque ese Dios existiera y que sus poderes sobrenaturales actuaran rápido. Mi creencias tratando de dejarse influenciar. Entró el médico especialista con varios estudiantes. Lo rodeamos. Dijo que debemos ser más realistas que optimistas. El pequeño está estable, hemos hecho todo lo posible, los exámenes no mienten, podría quedar con problemas psicomotrices, el agua en sus pulmones hace complejo un diagnóstico. Los estudiantes anotaban en su tabla, uno de ellos mordía su manzana y sonaban los mordiscos. Esperemos un milagro, continuó. Y se colgó el estetoscopio en el cuello. Milagro. Bah, otro con esas, pensé. Pero ese gemido sonó. Me miraron mal.

Tío Banano, me decía Benito hacía solo unos días. Levantaba sus brazos para que lo alzara. Me acariciaba la cabeza y me decía palabras incoherentes y hermosas. Yo le llevaba dulces y juguetes. Siempre jugábamos, mi recompensa era su carcajada. Su media lengua tratando de decir mi nombre convirtió la palabra Bernardo en banano. Y desde eso soy tío Banano para todos. Ese tierno chiste es ahora el calmante de esta tragedia. Dos palabras inocentes que nos dopan y nos permiten sobrellevar la insoportable espera. Tío Banano nos saca sonrisas cortas y respiraciones largas. Tío Banano, me saludan los adultos en la sala de espera, llorosos y sonrientes. Tío Banano, llegó el cura, ¿puedes ir por él a recepción? Me pidió mi hermana. El religioso me vio desde lo lejos, se veía

diferente de civil, sin esas batas fucsias y esos sombreros de chef moderno. Vestía un pantalón azul y un suéter gris sobre la camisa cleriman, me saludó, dándome las dos manos y luego me llevó del brazo. Olía a menticol. Lo sentí ya como un amigo. Traía una biblia pequeña con una cinta que separaba una hoja específica justo en la mitad del libro. En el ascensor el curita dijo que las horas importantes de un niño que se salva de morir ahogado son las primeras y que como ya iban varios días, con seguridad el despertar de Benito será bonito. Ese juego de palabras me hizo reír de verdad. Pensar en esa imagen me hizo dudar de mis convicciones. Me animé a creer que a ese ser divino que rige los destinos del mundo y de la vida no le importaría que un ateo como yo sea el tío de Benito. Que ganaríamos por mayoría de devotos. Tanta cristiandad se me estaba contagiando, así como terminó por gustarme el reguetón; por repetición y cercanía. ¿Ser cristiano como último recurso? Empecé a verme como el diablo en una iglesia.

Al salir del ascensor, recorrimos el hall, vi en el interior de los cuartos varias figuras infantiles y adultos deprimidos. Me sentí afortunado de no ser papá. En una ventaja ridícula. Envidioso. Una linda enfermera salió de la habitación de Benito cuando íbamos entrando, casi nos chocamos de frente, ella me sonrió y el cura carraspeó para evitar que yo volviera a caer en pecado. Entramos a la habitación, compartida entre mi sobrino y una niña que se quemó todo el cuerpo con una sopa gigante. Al fondo, los míos sonrieron al vernos, todos se levantaron, saludaron en silencio y se santiguaron. El cura le tomó la mano a Benito, sacó del bolsillo una pequeña cruz de madera con un diminuto

Jesús de metal y la dejó entre sus pequeñas manos. Mi sobrino tenía un tubo azul translucido metido en su boca. Estaba muy quieto, parecía no respirar. Me asusté y le miré el estómago con la ilusión de verlo inflarse un poco. Se infló. Benito respiró por la boca, tenía los labios morados aún. Comenzó la misa. En el nombre de Padre, del hijo y del Espíritu Santo.

Todos se dieron la bendición. El cura me miró. Me santigüé rápido y sonrió. Me tomó con la otra mano y yo seguí con la de mi hermana. Oraron y yo escuchaba. Mi mamá hizo el Rosario. Mi mujer lloraba. Al final de la oración, mi amén, sonó independiente, después de que todos dijeron el suyo. El cura continuó: Señor, sáname de mis heridas y enfermedades. Sálvame de mis temores. Cúbreme bajo tus alas. Cerró la biblia y se arrodilló frente a la cama y se quedó ahí varios minutos. Se levantó y no se limpió. Y nos quedamos viendo a Benito. A la espera que Dios lo despertara y al verme pudiera volver a decir tío Banano.